

res modernos, como si toda la razón de su legitimidad estuviese cifrada en la aprobación de los galicistas. Con sólo revolver la obra de Cuervo hallaréis por cosa palmar ser ello así como digo. Allí veréis cómo el verbo *cambiar*, que nunca fué intransitivo entre los clásicos, lo es hoy porque Catalina y Valera lo quisieron; que el verbo *abrigar*, por *concebir* metafórico, fué acepto á Jovellanos, Quintana, Arriaza, Moratín; que *adolecer* por *tener defectos*, le autorizan Jovellanos y Alcalá Galiano; que *afectar* significa hoy *modificar* por autoridad de Jovellanos, Núñez de Arce, Balmes, Lista; que *arreglarse*, por *ajustarse*, ha sido acepción de Jovellanos, Moratín, Iriarte, Mesonero; que el modismo *con arreglo á*, fué usurpación de Jovellanos, Balmes, Gil y Zárate; que *ascender* es hoy *sumar* por arte de Jovellanos, Quintana, Moratín; que *comprometer* vale *poner en peligro*, porque se les antojó á Moratín, Quintana, Torero, Alcalá Galiano, Duque de Rivas; que *edad avanzada* significa *edad decrepita* desde que Jovellanos, Quintana y Salvá lo resolvieron; que *distinguirse* es *sobresalir*, porque Jovellanos, Quintana, Moratín, Salvá lo decretaron. Mas, ¿para qué os tengo de dar matraca, siéndoo molestísimo, con la relación del sin número de vocablos, cuyas acepciones metafóricas nunca fueron castellanas, tenidas por merecedoras de uso actual en la opinión de Cuervo, solamente porque las halló en libros de galicis-

tas, los cuales las tomaron del francés, pues los clásicos no las conocían?

NEAN.—Se me ofrece, señor, si con ellas pensaría Cuervo enriquecer nuestro idioma, como lo pensarían esos escritores cuyas autoridades alega.

GER.—Pero, Neanisco, pregunto: ¿quién creará que esos conceptos metafóricos no sabían los clásicos exprimirlos con elegancia (pues son comunes y frecuentes en la vida humana), valiéndose de otros vocablos, de que el francés carece, y que ellos manejaban con primor? ¿No reparas que cuanto más sentidos se amontonan sobre un vocablo, más se empobrece la lengua, como en verdad la castellana se va hoy haciendo pobrísima por la complicación de acepciones acumuladas á una voz? El aplaudir Cuervo las francesadas de los galicistas no fué sino tirar, bien que involuntariamente, á depauperar nuestro idioma.

GAM.—Lo que reparo, D. Geroncio, es que Cuervo no se muerde la lengua en orden á condenar galicismos. Aquí en el tomo primero repudia el *abordar* por *emprender* (t. I, pág. 50); luego el *afrontar* por *arrostrar* (t. I, pág. 247); después el *acusar* por *manifestar* (t. I, pág. 173); también *bajo el aspecto*, *bajo el punto de vista*, *bajo el pie*, *bajo la base*, *bajo este respecto* (t. I, pág. 844). Tras estos *bajos* franceses, en el tomo segundo veo reprobado por galicismo el *contar sobre* (t. 2, pág. 450), el plural *conve-*

niencias por *decoro* (t. 2, pág. 512), el *concebido* por *expresado* (t. 2, pág. 309), el *conducir* por *referirse* (t. 2, pág. 346).

GER.—Lo que más te importaba era nombrar los escritores que esas palabras y acepciones emplearon, tildados todos de galicistas impertinentes por el Sr. Cuervo. Lee sus nombres, para que Neanisco los encomiende á la memoria, ó á Dios, que tal vez será para bien de sus almas.

GAM.—Son éstos: Jovellanos, Quintana, Balmes, Arriaza, Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, Capmany, Clemencín, Lista, Gil y Zárate, Moratín, Scio, Valera, según consta de los lugares citados.

NEAN.—Si Cuervo, á pesar de su amorosísima condescendencia, no gasta ceremonias con esa docena de fraile, por cosa cierta nos asegura que son galicistas redomados. ¡Quién lo creyera! Yo no me habría atrevido á esa terrible censura, porque siempre pensé que á Valera, á Clemencín, á Capmany, nadie los podía atacar.

GAM.—Hijo, yo no puedo con ese *atacar*, que es francés en sentido figurado. En el *Quijote* no hay tal galicismo.

GER.—Ni en toda la literatura del siglo de oro.

GAM.—La extremada pobreza obligó á los franceses á multiplicar acepciones, que los nuestros reparten entre otros infinitos voca-

blos. Ahí tienes, Neanisco, los verbos *acometer*, *arremeter*, *combatir*, *acosar*, *impugnar*, *asaltar*, *saltear*, *embestir*, *argüir*, *argumentar*, *contender*, *contrastar*, *refutar*, *confutar*, *redargüir*, *rebatir*, *rechazar*; ¿quieres más? No te bastan diecisiete verbos castizos para exprimir el concepto del *attaquer* francés? No extraño yo tu impericia, pues á menudo emplean el *atacar* metafórico los modernos cual si fuese vocablo castizo, como tú lo imaginabas. El Diccionario de Autoridades admite esa acepción figurada, pero no la funda en sentencia de clásicos, ni la podía fundar, porque les era del todo extraña.

NEAN.—Con razón la desechaban los que tenían á su mandar tantos verbos castizos. En el día todos *atacan*.

GAM.—¿En qué *día*, hombre? *En el día de hoy*, has de decir, *hoy en día*, *el día de hoy*, *hoy, en estos días*, *ahora*; pero nunca digas *en el día*, que es locución indeterminada. Oye lo que va á decirnos su merced, que veo ha tomado un polvo.

NEAN.—Rapapolvo tenemos, de seguro. Perdone v. m. mi impertinencia, sáqueme por Dios del atolladero. Al escritor Valera profésábale yo una especie de veneración semejable á culto, por la fama de purista que en España ha logrado. ¿Cómo se atreve Cuervo con él?

GAM.—Lo tienen merecido sus libertades volterianas, sus lib...

GER.—No te metas en dibujos, mocito. Va-

lera ha dado ya cuenta á Dios de sus obras buenas y malas. No nos toca á nosotros sentenciar sino acerca de su lenguaje, que fué galicano sin duda alguna, aunque hubiese cobrado fama de castizo. Triste fama, por cierto, el haber sido Valera casi la única gloria de la literatura liberal. ¡Dios le haya perdonado! Cuervo cumplió con su obligación cuando le reprendió galicismos intolerables. El crítico americano, con recta intención y buen tino, desaprobó esas y muchas otras acepciones, que le disonaban por totalmente peregrinas, esto es, por meramente galicanas, aunque las viese brillar en escritos modernos. Pero considerad lo más gracioso del caso. Veis ahí cómo el hallarse esas acepciones usadas por escritores recientes no le estorba á Cuervo la libertad de reprobárlas; veis ahí cómo reprueba las unas al paso que aprueba las otras, que tan ajenas son como aquéllas del uso clásico; veis ahí que nos hace la merced de mirar por el lenguaje castizo, cuando nos la niega á pies juntillas; veis ahí esos dares y tomarses sin norte fijo, esos altibajos sin qué ni para qué, pues había de serle tan corriente como el agua, que los escritores clásicos son los únicos de molde, ó los moldes de todo escritor, porque son los maestros natos del romance, los entendidos en acepciones, los intérpretes más discretos del idioma, los fundadores del hispanismo, adversarios del francesismo. Aquí preguntara yo al Sr. Cuervo: ¿por

qué razón la frase *comprometer la salud* ha de reputarla él por castiza, cuando la otra *acusar valentía* la tiene él por galicana? Si *comprometer* significa *aventurar* y *acusar* equivale á *mostrar*, ¿cuál de las dos acepciones se aleja más del sentido propio? Porque en *acusar* hay algo de *mostrar*, esto es, defectos, culpas, crímenes, delitos; pero en *comprometer*, ¿qué resabio hay de *peligro*? Por manera que, una vez tachada de galicismo la segunda locución, parecido lunar se descubre en la primera, que por eso debería ser notada igualmente de galicana. ¿Veis ahí lo que yo os decía? ¿No os está patente el antojo, la liviandad, la arbitrariedad de semejantes críticos? Dan y toman como á cuento les viene. ¿No les sería más llano el librar en el proceder de los clásicos todo su dictamen? Una palabra, una frase, una acepción es incorrecta y reprehensible porque no la usaron los antiguos, por más que la empleen los modernos, cuando éstos la tomaron del francés y cuando no hace ella falta ninguna al español. ¿Esta máxima no os parece digna de aplauso?, ¿no ataja inconvenientes?, ¿no asegura la lengua española en su antigua tradicional posesión?, ¿no la libra de peligros?

NEAN.—¿Por qué no diremos que el respeto á la Real Academia le ataba á Cuervo las manos?

GER.—Pudo ser así verdad. Ejemplo hallamos en el art. *Batir*. El reflexivo *batirse*, por

reñir, pelearse, no fué conocido de nuestros clásicos en esa acepción ni en otra cualquiera. Pero al verla en el francés los españoles Salvá, Duque de Rivas, Hartzenbusch, Tamayo y Baus, contáronla luego por española. A pesar de la autoridad de estos escritores, Baralt á sus barbas la calificó de «enorme, superfluo y vicioso galicismo.» ¿Qué hace Cuervo á vista del denodado Baralt, que envainaba el espadín en las fauces de los galicistas? Toma la pluma y escribe: «No obstante, aunque hay términos más castizos, es éste de uso tan común, que ya la Academia le ha dado el pase» (Diccion., t. I, pág. 861). Así blandea el crítico, sin declararse por los fueros de la propiedad. De semejantes paños calientes abunda la obra de Cuervo.

NEAN.—Contra v. m. quiero yo formar una muy grande queja. Se le fué á mi D. Geroncio de la promesa el cumplimiento. Tiene v. m. empeñada su palabra de sacar á Baralt las piltrafas de su reprobada galiparla.

GAM.—Neanisco, ahí soltaste una ristra de asonantados, cinco nada menos, casi uno tras otro. Cuidado con ellos, hijo, que desdoran al hablista. D. Geroncio es hombre cumplidísimo, llevará al cabo lo que prometió.

GER.—Sí, ahí están algunas muestras del galicismo baráltico: *lejos de ser impropia, pone de manifiesto* (art. *Supremo*); *por lo demás, es imposible establecer* (art. *Trasposición*); *el objeto que nos hemos propuesto se reduce á despertar*

el celo (ibíd.); *esto vale la pena de que se medite* (art. *Valer*); *una idea especial á que no se presta ningún otro vocablo* (art. *Utopista*); *apropiadísimo bajo todos conceptos* (art. *Aparroquiar*). Basten para desempeño estos retacillos. Lo más de notar en Baralt es el linaje de giros afrancesados que usa las pocas veces que alarga la pluma en la exposición de la materia. ¿Qué diremos de los tropezones que da en el calificar por galicismos ciertas expresiones que son castizas? Entre otras, véase ésta: «Y además debe notarse que *abrigar esperanzas* es más propio que *concebir esperanzas*» (art. *Concebir*). Erró el golpe aquí Baralt, porque *concebir esperanzas* fué frase de Solís (*Hist. de Méjico*, lib. 1, cap. 5), y de Mendoza (*Guerra de Granada*, lib. 2), al paso que *abrigar esperanzas* no lo usó clásico alguno, antes es locución moderna, tomada del francés por el galicista Quintana (*Elogio de Cervantes*). En otras ocasiones se contradice á sí propio. Así, la frase *poner en el número* calificala de puramente francesa (art. *Número*); en otra parte la recibe por castiza (art. *Rango*), como en verdad lo es. Largo sería el cuento si hubiéramos de notar todos los achaques del crítico. Ojalá, á pesar de ellos, se hubiesen los galicistas aprovechado de la censura, generalmente acertada, de D. Rafael María; algún remedio habrían puesto á sus desmanes contra la lengua. El rebatirlos con vigor y total acierto, pedía armas de mejor temple que las de Baralt;

con todo, nunca agradecerá España debidamente la honra que este generoso campeón hizo al romance, impugnando á sus profanadores. Más castizo se ostenta Hartzenbusch en su *Prólogo al Diccionario*. Esto no obstante, no le pica el escrúpulo cuando escribe *me tomaré la libertad de extender unas líneas* (pág. XIX); *contando con la poca docilidad* (pág. XX), y otras novedades más allegadas al francés que al castellano, sin mentar ahora la escasez de frases hispanas, que pudieran y debieran rebosar en el escrito del prologuista.

GAM.—Algunos artículos tengo leídos de Alcalá Galiano, que no me sabían á galiparla.

GER.—Escribió en la *Revista de Europa*, el año 1846. Mostraba celo del buen lenguaje; más puro le usó que Baralt y que Cuervo. Aventajóse en tirar de la rienda á la turba de galiparlantes, siendo con ellos inclemente, aunque en verdad pocas peñoladas echó acerca de las frases clásicas. De forma que su enseñanza en esta materia más fué negativa y de corrección que positiva y de ejercicio. Pero si consultamos otros escritos suyos, *Historia de la literatura española, francesa, inglesa é italiana en el siglo xviii*, *Recuerdos de un anciano*, habrá no poco que lamentar. El verbo *comprometer*, que siempre sonó *poner en manos de otro una resolución*, úsase Alcalá por *poner en peligro*, diciendo: «Un rumor sordo empezó á declarar deseos de que saliese de entre gentes á

las cuales estaba comprometiendo» (Recuerdos, pág. 310); «huyeron algunos de los más comprometidos» (ibíd., pág. 537). ¿Dónde vió el escritor purista esa acepción afrancesada? En los clásicos no, por cierto. Debióle de parecer que servir al uso era lo más acertado.

NEAN.—Vuesa merced supone que la lengua española está abastecida de todos los vocablos convenientes á la expresión de todo linaje de conceptos. Eso lo pongo yo en duda, porque si abro el Diccionario veo le faltan muchas voces, aun después de haberse enriquecido de tantas, que el de hoy, comparado con el de Autoridades, viene á ser un mar Mediterráneo al lado del Ebro ó Manzanares. Conque si de tantas dicciones carece, ¿cómo será injusticia el buscarlas de fuera, vengan de donde vinieren?

GER.—Respóndele, Gamantes, á ese joven inexperto; arrímale la jabonadura que merece su bien formada objeción.

GAM.—Yo no le diré sino lo que v. m. me ha enseñado. Oye, Neanisco. Distingamos entre voces y vocabularios. Que al Vocabulario español le faltan un sin cuento de voces, no hay manera de negarlo; verdad tan llana como lo es el haber ido él creciendo en volumen de día en día. Mas, ¿por qué creció sino por haberse descubierto en los libros clásicos nuevas dicciones antes no conocidas? Subsumo, ¿por qué no se conocían sino por no haberse trasteado con suficiente diligencia los libros donde

estaban almacenadas? ¿Era eso falta de la lengua? No, sino falta de sus cultivadores. De modo que la pobreza del Diccionario no arguye contra la riqueza del romance. ¿Qué hacer, pues? ¿Mendigar? ¿Pedir prestadas á otras lenguas sus voces? No, hijo; no nos vemos precisados á andar tan por puertas que no hallemos socorro en casa, si diligentes le buscamos. Es verdad, faltan términos que expresen las acciones de los verbos. ¿Qué digo? Faltan verbos expresivos de no pocas acciones. Pero yo te aseguro que los que nuestros clásicos nos dejaron en sus escritos, si bien se pesquisan, pueden competir con los de la más rica lengua del mundo. Mas, ¿cómo los hemos de usar, si primero no andamos en su busca? El día que den con ellos los investigadores, ¿cuántos vocablos verbales no saldrán de ahí, en *on*, en *ura*, en *iento*, con que socorrer nuestra necesidad, sin tenerla de pedir limosna? ¿No te acuerdas de la lista de nombres y verbos que D. Geroncio nos leyó hace media hora? Sacólos él de su lectura. ¿Dirás acaso que la lengua no los tenía en sí, pues de ella se los sacó él? No un mar Mediterráneo, como decías tú, sino un mar Océano es el idioma español: ¿qué adelantamos con que lo sea, si nos morimos de sed, si no acertamos á navegar, si vivimos encallados en la penuria de términos tan reducidos? Ensanchemos la lengua, claman los galicistas; extendamos los límites de nuestro romance; espacié-

monos por idiomas extranjeros á mercar, á negociar, á trocar, á comunicar con ellos... ¿No te parece necedad buscar fuera lo que rueda por casa?

GER.—Sí, Neanisco, revolver obras clásicas es necesario para lograr buena cantidad de voces que yacen sepultadas en el profundo océano del olvido. Ya, loores á Dios, van pareciendo algunas, merced á la asidua laboriosidad de los aficionados.

NEAN.—Está bien, señor; entretanto que van ellos sacando á la orilla su pesca, no vendrá mal aprovecharnos de escabeches extraños.

GER.—Eso es; quieres ser Papa, clavatelo en la testa; yo te aseguro que no saldrás de sacristán. Dios me dé contienda con quien me entienda: los galicistas no dicen eso, sino al revés, con quien no me entienda, con quien no descubra mis trampas. Pero bien se las calamamos aquí, Neanisco, para ponérselas de relieve. No, señor; ¿tienen ellos los ojos multiplicadores de sentidos, de arte que en una dicción amontonan muchos? Démosles á entender nosotros que la lengua castellana está suficientemente enriquecida de voces á propósito para cualquier concepto, sin que nos fuerce la necesidad á pedir de puerta en puerta, como lo hacen los que se ven en caso extremo. Ello es la verdad, haber sido siempre achaque de españoles el alabar las cosas de allende, cuando son mejores las de acá.

NEAN.—Pensando en ello con advertencia concibo yo una razón, que me atrevo á proponer á v. m., si acaso la estima plausible. ¿Por qué no hemos de favorecer á los escritores recientes, justificando siquiera su intención? ¿Faltábales acaso amor á la lengua? De muchos sería temeridad el creerlo. Al contrario, muchísimos escritores del pasado siglo, Tamayo, Alcalá, Selgas, Aureliano Fernández Guerra, Cándido Nocedal, Villoslada, Tejado y otros que no tengo presentes, españoles se han mostrado, la lengua española han ensalzado, el lenguaje español han encarecido, por el habla castiza han lidiado, esfuerzos en su defensa no han dejado de hacer; ¿es creíble, en este supuesto, que á varones tan beneméritos de la Real Academia les faltase deseo de hablar castizamente, que no procurasen con todas sus fuerzas escribir á lo castizo, que si algún galicismo se les fué de la pluma no tratasen de corregirle en el punto que le conocieron? No me cabe en el pensamiento imaginar que de industria quisieran ellos promover con su ejemplo la propagación de la galiparla. No solamente sabían el mal tercio que con ella hicieran al romance español, mas también entendían la obligación de evitarla, que su título de académicos con toda severidad y rigor les imponía. Si pecaron, indulgencia merece su descuido; que descuido sería el suyo, no agravio hecho á la lengua.

GER.—Neanisco, has hablado sin galicis-

mos. La norabuena te doy con toda mi alma. ¿Ves como no has perdido el tiempo en tu visita?

GAM.—Eso le decía yo. Quiera Dios que vaya adelante tu aplicación, amigo mío, porque el aprovechamiento se te luce en la parrafada que acabamos de oír.

NEAN.—Me felicito de haberles dado á ustedes gusto.

GAM.—A mí maldita la gracia me hace ese *me felicito*. Lo echaste todo á perder. No se puede alabar á un mancebo, señor, sin ponerle en un tris de despepitarse. No digas *me felicito*, que es un decir francés, Neanisco. En castellano decimos *me congratulo, me doy el parabién, me regocijo, me alegro, tengo á felicidad, me glorío* y otras mil formas que posee la lengua para mostrarse uno reconocido y atento.

NEAN.—Perdóname el batacazo. Vuestra merced, D. Geroncio, hágase cargo de mi insuficiencia, á pesar de mi buena voluntad, la cual quise hacer patente en los modernos escritores.

GER.—A tu fina razón tócame dar la conveniente respuesta. Mas antes quiero que adviertas una cosa, digna de notarse en los escritores que hablan hoy correctamente, como tú. Apenas has sacado á plaza una sola frase castiza: así escriben ellos por lo común. Párrafos tiene Gabino Tejado casi como el tuyo, sin galicismos, sin incorrecciones, limpios de polvo y paja: algunos de los escritores por ti nom-

brados limpian sus escritos, como lo has hecho tú en tu arenguilla. Mas si alguna vez se esmeran en adornar el escrito con gallardía de vocablos castizos, con hermosura de frases clásicas, con elegancia de modismos galanos, al mejor tiempo brótales la pluma borrones al descuido, como quien pinta á golpes de pincel grosero, con que desquician la lengua, cuando intentaban artificiosamente pulirla. ¿A quién culparemos de semejante extravagancia? ¿No se preciaban ellos de leídos y entendidos más que tú? ¿No estaban ellos hartos de revolver el *Quijote* más que tú? ¿No le tenían ellos en la uña más que tú? ¿No dedicaron ellos horas á la lectura de Granada, de Solís, de Quevedo, de Mariana, de Sigüenza, de Coloma, de Calderón más que tú? ¿Quién les negará el firme propósito de levantarse con española elegancia á derramar en sus escritos flores bellas de aliñado lenguaje? ¿Pues cómo se compadece con su sanísima intención la grosería de los galicismos con que depravaron feísimamente la obra, como con lunares y manchas se deslustra un rostro bello? Dime, Neanisco, forzoso habrás de conceder que estos varones, versados en la lectura de libros clásicos, no hallaron en ellos los galicismos en que incurren. ¿Y se los tragan?, ¿y los digieren?, ¿y se los incorporan?, ¿y los escupen dándonos con ellos en los ojos?, ¿y no les cae de vergüenza la cara cuando saben nos venden por castellano lo que es puro francés? Si tanto

tiempo ocupan en leer obras clásicas, es imposible de toda imposibilidad no descubran cuánto va de su decir al de los buenos autores. Si lo descubren, ¿cómo no lo enmiendan? No tiene salida este callejón, Neanisco. La única salida será suponer que no leen. Mas, ¿dónde nos dejamos el amor de la lengua, por ti justamente encarecido? ¿Ó será platónico su amor? Porque amor á la lengua sin amor á los que nos la formaron, á los escritos donde ella purísimamente luce, á los vocablos y frases que en ellos rayan con tan vivo resplandor, ¿no me dirás qué estofa de amor es? ¿Entiendes tú que una dama fea y asquerosa, con estarse mirando al espejo de continuo, se quede salpicada de inmundicia, teniendo á mano el arte de limpiar su espantosa fealdad? Yo no acabo de entenderlo. Gabino Tejado fué sin duda uno de los escritores más pulcros en cuanto á la pureza de lenguaje. Tradujo la excelente obra de monseñor Gay con gran tino. Donde hallaba el plural *souffrances*, encajaba *sufrimientos*. ¿Es posible que este afamadísimo traductor no diese en la cuenta de la impropiedad? ¿En qué libro clásico había él visto el plural *sufrimientos*? En ninguno, ciertamente. ¿Ignoraba acaso que *sufrimiento* dice *paciencia* y no *padecimiento* en el sentir de los clásicos? ¿Ignoró, por ventura, que Baralt le calificaba de galicismo intolerable? Mucho ignorar fuera ése, no lo puedo creer de varón tan leído. Luego, ¿cómo admitió ese tan feo desali-

ño, á pesar de su solícitud en escribir con elegancia? Si fuera este el único borrón galicano de sus apreciables escritos, se le podía pasar, pero son hartos los que los afean deshonestamente. Yo no acierto á entender cómo escritor de esa laya merecía los elogios de castizo que en su tiempo le tributaron.



XI

NEAN.—Bendito sea Dios, que trajo al mundo literario un crítico de firme péñola, cual le habíamos menester, para desterrar abusos de prosa y poesía. En medio de tanto desastre, vino como bajado de las nubes el insigne Valbuena. Consuelo nos queda en la pluma del moderno escritor de los *Ripios*. Este admirado censor se ha coronado de gloria imperecedera. Notable prestigio ha conseguido.

GAM.—Haz conciencia, hijo, de pronunciar esa palabra *prestigio*, que es propia de brujos ó nigrománticos. Ahí tienes las voces *autoridad, influencia, fama, crédito, renombre, poderío*, y otras que son más adecuadas al concepto. En todo el siglo xvii, ya se dijo antes, no hay ejemplo del *prestigio* afrancesado; á Francia le deben los que le usan. ¿Qué opina v. m., D. Geroncio, de la corona que nuestro Neanisco ha plantado en la cabeza del célebre Ripista?